



En ese entonces, tenía dos años y era el gato más presuntuoso e ingenuo que el mundo haya visto. A esa tierna edad, todavía me daba los aires propios de un animal que desdeña las delicias de la sala de estar.

Sin embargo, ¡cómo agradezco a la Providencia haberme colocado en casa de tu tía! La buena mujer me adoraba. En el fondo de un armario, tenía una habitación en toda regla, con cojines de plumas y triple frazada. Y la comida no se quedaba atrás: jamás me daba pan, ni sopas, sólo carne, carne sangrante, ¡buenísima!



